
DOS CHIAPAS

*Juan Pablo Córdoba Elías
para Xavier Rubert de Ventós*

Chiapas, lo sabemos, es muchos Chiapas. Pero a partir del 1 de enero de 1994 parecieran existir únicamente dos versiones del Estado.

El Chiapas *real*; el de la pobreza y la marginación ancestrales, el del abandono de una federación que parecía sólo recordarlo sexenalmente en tanto reserva asegurada de votos; ese lugar que a futuro y gracias a una privilegiada ubicación geográfica, sería llamado ha convertirse en espacio de defensa estratégica tanto económica como soberana, ante los retos que supone la eficaz explotación de extraordinarios recursos en una frontera privilegiada por la naturaleza. Este Chiapas que a pasado reciente sólo preocupaba en tanto objeto de consumo para los solícitos lentes de turistas y antropólogos ávidos de postales indigenistas.

Y el Chiapas *virtual*, el que nace el primer día de 1994 y continua hoy en 1996 *funcionando*, el que aparece –y no debemos olvidar que las cosas no *aparecen* como *son* sino como *aparecen*– bajo el signo de una tensión de guerra que se ha manifestado de manera irresponsable como espectáculo pirotécnico edificando un espacio de poder fundamental simulacral.

Para el observador escéptico a tan arbitraria clasificación –finalmente todas lo son– vale la pena realizar un ejercicio de imaginación en el cual colocaremos, no a un iniciado de las logias intelectuales capitalinas que en un acto sorpresivo y ungido por una suerte de relevación intempestiva, se convierte en chiapanólogo de manera paralela al estallido del conflicto.

Nuestro personaje está menos atribulado por cuestiones tan importantes y con toda seguridad más preocupado por el constreñimiento socio-económico de su vida diaria. Es un chiapaneco común, uno de los miles que componían ese 1994 parte del listado nominal de un estado con guerra latente, uno que votó creyendo en el decorado de batallas informativas que auguraban las elecciones más vigiladas de la historia nacional y que suponía, derivado de lo anterior, el posterior respeto irrestricto a una decisión expresada en las urnas, un ciudadano que si bien entendía la dificultad de la situación política coyuntural en su tierra, esperaba la fecha de los resultados electorales como el inicio de una esperanza para un futuro de conciliación en el estado.

Que quizá votó en contra del candidato triunfante a la gubernatura del estado, pero que en el terreno de los hechos no podía menos que aceptar la realidad de que, aun contando únicamente las actas de casilla firmadas por la principal fuerza política de oposición del estado, el Partido de la Revolución Democrática, los resultados favorecían al candidato priísta por una diferencia expresada en miles de votos.

A ese hombre de la tierra o de la calle habría que explicarle en qué consiste una democracia que en el mejor de los casos podríamos llamar negociada, una forma de gobierno en donde la asunción al poder vía el voto es supuestamente avalada por una federación que al tiempo, en una suerte de —debemos suponer— paradoja sin mala intención, evita canalizar recursos a Chiapas deletreando el destino, tanto de renunciadas anunciadas como de proyectos que nacidos en el consenso se extraviaban ante la impericia estratégica de un puñado de funcionarios¹ ajenos al conocimiento y la

¹ Porque no sabemos si esta especie de heraldos de la desgracia, aun colocados en un desbordante optimismo, estén conscientes de la factura histórica que le pasara Chiapas al país —y lo hará, no lo duden, sólo es cuestión de tiempo— cuando resulte evidente que la propuesta política del gobernador electo denominada un “nuevo pacto social” realizada como un programa de desarrollo del estado bajo consulta abierta con todos los chiapanecos, en particular con la Universidad del estado y que —como es el caso de quien esto escribe— al margen de poseer líneas de acción hacia las cuales podríamos disentir por su contenido específico, teníamos que aceptar el hecho incontrovertible de que se trataba de un proyecto avalado por los resultados electorales —recuérdese el voto a favor del candidato priísta aun en el interior de las zonas controladas por el zapatismo— y lo más importante, era éste un documento que por múltiples y obvias razones comprometía a la federación a un rescate económico y de conciliación del Chiapas que hemos llamado real que difícilmente algún acuerdo posterior lograra conseguir.

información indispensables para entender la correlación de fuerzas políticas y militares al interior del estado.

Y no olvidemos que incluso el consenso se resuelve afirmando un proyecto como cercano a los intereses individuales, que el acto de la votación, el elegir entre opciones, arroja un resultado que es, en sí mismo, patente señalamiento de la imposibilidad del juego político para homogeneizar en el tiempo los intereses entre los electores: el consenso sólo es posible en un *momento*, en este caso el de la emisión del voto; ésta es la complicidad que le permite subsistir en el reino de los deseos que sueñan con perpetuarse bajo los mantos institucionales.

Valdría la pena detenernos en este novedoso y harto singular concepto utilizado como elemento irreprochable en el lenguaje político contemporáneo, pero por ahora vale recordar que lo único seguro es el disenso permanente y es por ello que la convención de seres humanos que hace posible la política, existe.

En este espectro que parece resistirse a una mínima sensibilidad en la definición de estrategias de eso que llamamos oficio político, se inscribe la cronología de las fallidas emboscadas a los dirigentes del nuevo zapatismo que posterior a la contundencia de su anuncio, se diluyeron en la ya conocida crónica del inmediato desmentido y así podríamos continuar describiendo reuniones secretas entre las partes en disputa que sólo acuerdan justo aquello que en la primera oportunidad no se va a respetar o escribir sobre las innumerables comisiones que han desfilado desde el inicio del conflicto sin poseer un verdadero poder decisional o incluso elucubrar sobre los pasamontañas que cubren identidades a nadie importan y los rostros descubiertos que en realidad son pasamontañas, etcétera.

Sobre la creación de un ambiente donde el acuerdo y la búsqueda de la paz debieran ser elementos comunes al tejido de un entramado que se ha desvelado como fatal ante la ausencia de coordenadas específicas de control, frente a una situación que por encima de la violencia *real* y cobijada en el equilibrio propio del terror permite el chantaje informativo y el deslizamiento del rumor como instrumentos de propaganda política, articulando de esta manera un marco idóneo, podríamos decir incluso invitante, al no pocas veces superficial juicio de las opiniones más encontra-

das bajo el manto de una estrategia disuasiva cuyos polos han sido la manipulación y la falsa negociación.

De ello resulta la incertidumbre involuntaria que permea todo intento de análisis serio hacia un caso que no está abiertamente adscrito a una lógica guerrera o a una lógica de la paz, pero sí soterradamente inscrito en una escenografía *virtual* que se ha propuesto desde sus orígenes como un gigantesco mecanismo de simulación.

Simulación que ha permitido a gran parte de ese grupo intelectual aparentemente en decadencia, los ideólogos, renovar perdidos bríos en la autocomplaciente y gregariamente solícita observancia de sus voces, plumas y rostros reflejados en el espejo universal del radio, la prensa y la televisión.

Y el problema con ello es que el activismo profesional a un tiempo dice demasiado pero nunca lo suficiente. Demasiado, porque en la mejor tradición de raigambre logocéntrica establece *su* verdad, como *la* verdad, lo que desde luego, no *es*. Y al parejo nunca llega al plano de lo suficiente, pues evita reflexionar sobre la materia y el contenido de una experiencia que no se sujeta al determinismo excluyente característico a los postulados comunes a todo discurso ideológico.

El resultado ha saltado a la vista en el enarbolamiento –incluso con el apoyo irresponsable de amplios sectores de los medios masivos de comunicación, en la mayoría de los casos ajena por completo al más elemental manejo de información *real*– de una ya gastada pero aún históricamente eficaz bandera discursiva, en donde *el pueblo, los indígenas, la justicia popular, etcétera*, con toda la significación de ambigüedad pero indudable efectismo, que le son propios al manejo de estos conceptos, se arroja bajo novedosos disfraces en su arribo protagonístico, ahora rebautizado en el posmoderno claustro de las redes comunicacionales, bajo dos nombres de coordenadas sospechosamente inasibles: la opinión pública, o mejor aún, la sociedad civil.

Veámoslo de esta manera: cuando se apela a las fibras íntimas que permiten el pacto de individuos que denominamos sociedad; cuando esto hace señalando como motor el bien común, ¿quién estaría en contra de la opinión de sí mismo?

Ahora bien, ¿cómo se da el paso lógico de la violencia como razón de

guerra al triunfo del chantaje como única estrategia? Pues de manera muy sencilla, siempre y cuando gozemos de la nada desdeñable ayuda que implica la ausencia de una estrategia *real*; es decir, de la *negociación* como consecuencia necesaria de la mutua aceptación por parte de los adversarios de un equilibrio *real* de las fuerzas en conflicto.

Gran parte de la escritura y reescritura del guión Chiapas por parte de los profesionales del análisis político, resulta fallido por ello. Incluso ha sido paradójico e ingenuamente comprometedor la simple tentativa de encontrar coordenadas empíricamente verificables en la disección de este problema: incluso la parcialidad exige conocer más de una parte del problema.

Entendámonos, no se trata de negar la indudable validez de varias demandas civiles de los zapatistas, lo que se destaca es la urgencia de observar en su verdadera dimensión el tratamiento de los grandes problemas nacionales, y dentro de ellos el caso *específico* chiapaneco, al margen de protagonismos y actitudes mesiánicas.

Se trata pues de la nación y su destino, no sólo como asentimiento fatalista sino en tanto memoria histórica que muestra cómo el disenso *a priori* no garantiza ni la escalada del poder ni la supervivencia en caso de hundimiento en esta travesía por las inciertas aguas de una lectura actualizada del sistema político mexicano.

Así, el reto obliga a emprender el necesario amalgamamiento de un imaginario —todos los discursos político amparados o no en la máscara lo son— que contiene en sí mismo la esforzada tarea de reducir, sin suprimir, lo múltiple a lo uno, de promover esa tarea que es la esencia misma del proyecto social que hoy fabulamos como democrático.

Sin confusiones, en la común aceptación de que la democracia es, claro está, fundamentalmente un *proceso*, algo siempre *pendiente* como consecuencia de su naturaleza y movimiento a veces continuo, otras francamente inercial pero siempre descubriendo en el camino del desplazamiento nuevos envites que impiden un total consolidación.

Este proceso democrático que, sin embargo, acierta al afirmar el papel del individuo, del ciudadano, como forma privilegiada en la actualidad de esta historia de la cultura que es también —y aquí lo importante— la historia del derecho a la diferencia, a la discrepancia.

Es por eso que hoy Chiapas exige situarnos en la arena política, es decir, aquella que apuesta por el diálogo y la negociación real y no simulada, por encima del sobrado fervor sectario; de ese fantasma que evita penetrar en el *sentido* de los acontecimientos y sí logra en cambio armar el grotesco espectáculo de la necedad envuelta en la ominosa defensa de una ilegalidad que sólo cobra credibilidad en el discurso panfletario.

Ya no es sólo un asunto del discurso, el panfleto o la epístola como formas privilegiadas de hacer política, hoy la república exige entender y atender los mecanismos que permitan afrontar la celeridad en el cambio del sistema político sin continuar fracturando a México.

Tenemos numerosos ejemplos que nos alejan como nación del juicio sumario producido por un gregarismo anunciatorio que en el mundo contemporáneo le permite a comisiones sin representatividad e incluso a partidos políticos disfrazarse, bajo el nombre de *opinión pública*; opinión que en tanto pública, es decir, de todos nosotros, es dueña, faltaba más, de la verdad —que obviamente no necesita ser contrastada.

Una *verdad* que no es la de la votación —las masas, pobrecitas, no saben las masas lo que quieren, por ello hay que obligarlas a que asuman no lo que escogieron sino lo que *nosotros* sabemos les conviene—, una *verdad* preservada en marchas apocalípticas y lemas rimados en eco multiplicado de la abierta militancia o la simpatía neoimparcial; verdad sin embargo que no presenta respuesta a la nada ociosa pregunta de si son en realidad el *pueblo* reclamando su justicia.

Ante la gravedad de los acontecimientos valdría la pena solicitar a estos autodenominados voceros de todos nosotros, algunas pautas que nos permitan al menos identificar si la motivación central que impulsa sus acciones es o no por lo menos *política*.

La primera cuestión refiere algo esencial y tiene que ver, al parecer, con el no siempre claro juego de lo obvio en el espacio político, es decir, en la afirmación de la política como el canto de esa moneda cuyas caras son la ideología y la utopía.

Porque no nos confundamos, los políticos tienen como tarea demostrar ser buenos políticos, no ocurrentes ensayistas o poetas, ni siquiera buenos actores sino buenos políticos y es en este sentido en donde sólo la racio-

nalidad de la política o lo que es lo mismo, la adecuación de la negociación, la gestión y la dirección a partir del costo-beneficio debe ser el imperativo categórico de la *acción* política y no en cambio la credencial de pertenencia a alguna cofradía intelectual, bajo el sello de la inesperada irrupción de un espíritu libertario y justiciero seguramente movido por el repentino desinterés y abnegada preocupación por nuestros semejantes.

Lo que necesitamos es un realismo político, en la gestión y en el análisis de la gestión, es decir, construir ese punto intermedio entre la indiferencia desaprensiva y la iluminación.

El segundo gran espacio sugeriría entender que comprender las injusticias, inequidades y fallas de la política pertenece a un espacio distinto al de la justificación irreflexiva y qué decir del entusiasmo resentido ante la debacle del sistema, que por sí aún no se han dado cuenta, es correlativo al derrumbe de las estructuras que sostienen la totalidad del entramado social.

Recordemos que en la política no hay vacíos de poder —cuando alguien pierde poder otro lo está tomando— y esto nos obligaría a asumir ese punto intermedio que es el asentimiento, casi la aspiración de una postura franca entre el quehacer ético que apunta a una preferencia y el rechazo absoluto que la niega.

En resumen, el problema de la *fuerza* en el debate político como parte de la competencia comunicativa, como arquitectura de motivaciones razonadas y colectivas que sólo tienen como finalidad su traducción en acción política.

Chiapas ha sido desde el 1 de enero de 1994 y con base en el material disponible, la negación de esto que denominamos la política real —en particular para los chiapanecos— y el éxito total del simulacro —para los apologistas del conflicto—; el laboratorio idóneo que descubre la eficacia de la propaganda política, de la especulación pura, de esa paradoja que ya habíamos mencionado: el suspenso de una guerra básicamente informativa.

Es por ello que el plan, las pérdidas, las operaciones y los saldos en el análisis chiapaneco hablan de la carencia de la política ante la eficacia desbordante del envite informativo de la guerra como publicidad de la guerra; del guerrero falso que se confunde en la vorágine desatada por su interpretación de actor, con el sueño que coloca en escena una obra que

solamente tenía escrito, que no se nos olvide, el libreto del origen, no el del final.

Y ya instalado en la butaca, maravilloso divertimento para el intelectual resentido, pero eso sí, pródigo en explicaciones, en justificaciones del espectáculo; en el esfuerzo algunas veces diario y otras más semanal, de la autocorrección del guión que desnuda la incapacidad de imaginarse al *otro*.

No hay que olvidar que fieles a su percepción inicial, para el radical el *otro* sea éste el gobierno o lo indígena no existe: se hace la guerra a la alteridad del otro.

Aquí cabe reparar en un elemento harto singular y extremadamente complejo: las declaraciones del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el fondo no van dirigidas a nadie, quizá por eso pueden ser pergeñadas por todos, pues su objetivo no es un sujeto social específico, su misión esencial consiste únicamente en ser arrojadas y es por ello que encontramos una especie de candidez en su escritura y en su lectura.

Veamos: entre el fantasma de la escalada apocalíptica militar y la solución consensada que arroje como resultado la paz, se encuentra el imaginario de la disuasión que pese a las razones que lo invaliden ha sido, sin duda, el de mayor eficacia desde el alzamiento: el aletargamiento de la indefinición de la guerra y de la información de la misma.

De igual manera, la sociedad presa en la variación de tonos respecto a las posibilidades de los escenarios de desenlace, ha vinculado el patriotismo afectivo, el pánico noticioso e incluso la abierta indiferencia frente aquello que se sabe está ahí —la posibilidad del enfrentamiento— aunque se sepa que no existe —la realidad de una guerra. En esta situación, por lo menos se sigue creyendo que se cree.

Y es por eso que hoy los principales actores del conflicto han tenido que permanecer por debajo del límite de sus fuerzas, víctimas del desgaste en un espacio electrónico, informático en donde como producto han perdido su valor óptimo.

Expliquémoslo. Para los sectores más duros del sistema político la negociación no existe; lo que hay entonces es regateo, incluso un regateo absolutamente innecesario. Aquí el exterminio sería razón de Estado.

Para el EZLN, los “otros” —o sea, todos salvo “ellos”— en la negocia-

ción representan básicamente un problema de *reconocimiento* personal y colectivo; es una cuestión de honor, así como de respeto al tiempo, al ritmo de sí mismos, no de los otros. Por eso es que se pide la negociación y se afirma el diálogo sólo para negarle –una vez aceptado– toda validez. Un poco parecido a esos partidos o actores políticos que aceptan participar en el juego de la política electoral para asegurar –posterior a la derrota– la ausencia de control en el diseño y manejo de las reglas del juego.

Lo que nadie puede negar es que la irrealidad de esta guerra y sus ciemientos como edificio del fraude generalizado, alojaron un engaño compartido que en el mejor de los casos ayer fue inconsciente y hoy se manifiesta real, al margen de nuestro control o deseos, en el desmoronamiento de un sistema político cuya caída nos arroja a un desierto confuso y falto de asideros.

Que nadie se extrañe del protagonismo de *Marcos*, recuerden que en una guerra sin víctimas se desvela incapaz de producir héroes y Chiapas no aparece más que como una prefiguración de una guerra de prueba. Esta mecánica también funciona para el ejército cuyo papel específico a lo largo del conflicto ante la vaguedad explicitada en los recursos tácticos del poder político civil sólo ha sido posible gracias a una institucionalidad que ha estado más a prueba de lo que muchos quisieran aceptar, pero eso merece un análisis aparte. Sólo dejemos en el aire una pregunta: ¿quién o quiénes son los héroes del ejército? Probablemente nunca los conozcamos, pero que nadie ponga en duda que el anonimato de los efectivos militares sujetos en escenografías que en el mejor de los casos los colocaban repartiéndole despensas, haya sido tan edificante como el protagonismo quejumbroso y al tiempo amenazador del EZLN.

El problema vendrá cuando este espacio *virtual* se agote y el desengaño colectivo se convierta en preámbulo de la realidad de los acontecimientos. Algunos pretenden no darse cuenta pero hace tiempo que estamos en ese lugar.

